

1. El origen: los discursos narrativos de la conquista y la literatura hispanoamericana.

La relectura del Descubrimiento es un recurso común en los escritores latinoamericanos. Autores como Alejo Carpentier, Carlos Fuentes y hasta Jorge Luis Borges han recurrido a esta temática, y este fenómeno no debe resultar extraño, si se piensa que hasta las crónicas de los conquistadores, que son el registro principal que se tiene de esos tiempos, hoy son consideradas literatura. Cronistas como Bernal Díaz del Castillo o Francisco López de Gómara tienen episodios fantásticos en sus relaciones, en las que mezclan sus propias creencias con un mundo para ellos indescriptible.

Debido a que el Descubrimiento y la Conquista de América es la temática de las novelas elegidas para este trabajo, es importante sentar como marco de referencia los discursos narrativos de la conquista, ya que sus características se hallan en las novelas de Posse en diferentes niveles de intertextualidad, como la parodia, la exageración o el palimpsesto.

Este discurso es importante en toda la literatura hispanoamericana, ya que son las primeras manifestaciones de lo que Antonio Cornejo Polar llama literatura heterogénea:

A través de un análisis simple del proceso literario, que permita distinguir la producción, el texto resultante, su referente y el sistema de distribución y consumo, cabe precisar la distancia que separa a las literaturas homogéneas de las heterogéneas y determinar,

consecuentemente, las variaciones en el tratamiento crítico que les corresponde. (72)

La literatura homogénea es aquella que surge en una sociedad que “se habla a sí misma”, a diferencia de la literatura heterogénea en la que por lo menos uno de estos cuatro elementos: el texto resultante, los referentes, los públicos o el sistema de distribución, no coinciden con los demás.

Desde la llegada de Colón, los invasores de América se vieron en la necesidad de registrar su experiencia en forma escrita. Estas narraciones se van definiendo por diferentes factores, entre ellos que todas sus crónicas iban dirigidas a los reyes con la intención de obtener algún beneficio por parte de la Corona; esto implica que “el Rey, la metrópoli, es *su* lector” (75). He aquí una de las características de la literatura heterogénea: el lector no pertenece a la realidad de la que se está hablando e incluso tiene una jerarquía mayor. El querer impresionar y hasta encomiar a los poderosos determina el carácter exagerado de las narraciones.

Otro factor que influye en estos registros es la documentación de lo desconocido con un lenguaje que a los cronistas les resultaba insuficiente para documentar paisajes, vestimentas, alimentos, razas. Para Cornejo Polar:

En el otro extremo del proceso de producción de las crónicas está el referente, ese Nuevo Mundo que se presenta como realidad incontrastable y se propone como opaco o deslumbrante enigma. Ante él, el cronista siente una doble solicitud: tiene que serle fiel, representándolo en términos de “verdad”, pero al mismo tiempo, tiene

que someterlo a una interpretación que lo haga inteligible para una óptica extraña, comenzando por la del propio cronista. (75)

La expresión de “discursos narrativos de la conquista” fue tomada de Beatriz Pastor, quien en 1983 publicó el libro titulado *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*. Ella los clasifica en discurso mitificador, del fracaso y de rebelión y éstos no necesariamente se presentan en orden cronológico; incluso en un mismo cronista, como en el caso de Colón o Cortés, pueden encontrarse dos discursos distintos: el de la mitificación y el del fracaso.

Para poder entender las características de estos discursos es indispensable recordar el momento histórico que vivía Europa cuando los españoles llegaron a América, a finales del siglo XV y principios del XVI. Se abría paso la modernidad y el antropocentrismo ganaba cada vez más terreno sobre el teocentrismo medieval. Es la época de Lutero, de Erasmo y de Maquiavelo; las ambiciones humanas parecen no tener límites. La gran hazaña del hombre del Renacimiento es la expansión hacia un continente nuevo, que rebasaba los límites de su imaginación. Para Todorov:

El descubrimiento de América es lo que anuncia y funda nuestra identidad presente; aun si toda fecha que permite separar dos épocas es arbitraria, no hay ninguna que convenga más para marcar el comienzo de la era moderna que el año de 1492. (15)

Al decir “nuestra”, el autor no se refiere únicamente al mestizo o al indígena, sino a toda la humanidad. Considera que el encuentro con un mundo cuya existencia se ignoraba le dio al hombre la conciencia del Otro, de la

diferencia, y esto revoluciona la cosmovisión tanto de los europeos como de los americanos. Carlos Fuentes en *Valiente Mundo Nuevo* explica:

Si el Renacimiento concibió que el mundo natural estaba al fin dominado y que el hombre, en verdad, era la medida de todas las cosas, incluyendo la naturaleza, el Nuevo Mundo se reveló de inmediato como una naturaleza desproporcionada, excesiva, hiperbólica, inconmensurable. (50)

Así, el Nuevo Mundo es descubierto y, como dice Edmundo O'Gorman, inventado. América se convierte en la Utopía de Europa, una tierra inmensa en la que todo está permitido. Las noticias de las tierras conquistadas llegan al viejo mundo permeadas por las impresiones de los exploradores que hablan de lugares de una belleza indescriptible, de manjares, paisajes y nativos desconocidos. La imagen que se crean los peninsulares de las tierras descubiertas, a partir de lo descrito, está totalmente distorsionada.

El mundo nuevo se convierte así en una contradicción viviente: América es el lugar donde usted puede encontrar el lugar que no es. América es la promesa utópica de la nueva Edad de Oro, el espacio reservado para la renovación de la historia europea. Pero ¿cómo puede tener un espacio el lugar que no es? (Fuentes 68)

La versión de América que cruza el océano es una mezcla de mitos y ficcionalizaciones que encabeza como primer cronista Cristóbal Colón. Según Beatriz Pastor, el Almirante llega con expectativas muy precisas al continente y no renuncia a ese modelo traído de Europa, por lo que adapta sus hallazgos a lo

que esperaba ver, como un *delirio identificador*, relacionado sobre todo con los viajes de Marco Polo:

El significado central de descubrir como desvelar y dar a conocer se ve desvirtuado en la percepción y en las acciones de Colón, quien en su constante afán por identificar las nuevas tierras descubiertas con toda una serie de fuentes y modelos previos, llevó a cabo una indagación que oscilaba entre la invención, la deformación y el encubrimiento. (5)

Tal como lo dice Todorov, Colón y otros cronistas mezclan en sus memorias experiencias reales con fantasías hechas a partir de sus creencias míticas y religiosas; llegan a un mundo en el que todo parece posible y esta característica los lleva a ver criaturas que sólo existían en su imaginación.

Colón no sólo cree en el dogma cristiano, también cree (y no es el único en su época) en los cíclopes y en las sirenas, en las amazonas y en los hombres con cola, y su creencia que por lo tanto es tan fuerte, le permite encontrarlos. (24)

El resultado de esto es la invención del Nuevo Mundo de acuerdo con los términos del modelo en un proceso de sustitución de una realidad concreta que culmina en la afirmación de haber hallado en la tierra firme de América del Sur el Paraíso Terrenal.

Para Pastor, el método de Colón es la verificación descriptiva, que consiste en alterar sus experiencias y evidencias para confirmar que efectivamente se llegó a las Indias y no a un nuevo continente; además el

Almirante descalifica toda aportación de los indígenas porque no se adecua a sus esquemas. Niega incluso la existencia de sus lenguas, ya que éstas contradicen su afirmación de haber llegado a las Indias.

La expansión territorial del imperio español y la exploración del continente americano se hicieron con la motivación de atractivos mitos, como el ya mencionado Paraíso Terrenal, la Fuente de la Eterna Juventud, las Siete Ciudades Encantadas de Cibola y El Dorado; éstos fueron heredados tanto de la tradición europea como de la asiática. Todos ellos coinciden en la creencia de que existe un lugar en donde se tiene riqueza, placer y salud sin ningún esfuerzo. En palabras de Alejo Carpentier: “el hombre de Europa esperó siempre encontrar en América la materialización de viejos sueños malogrados en su mundo: el oro sin los sudores ni dolores de la Transmutación; el fáustico anhelo de la eterna juventud” (314).

El oro es una de las principales causas de conflictos entre americanos y peninsulares, al querer aplicar los valores occidentales a otra realidad en la que el oro no tenía el mismo valor, ni existía el deseo de juventud eterna, ya que los nativos asumían con naturalidad la fugacidad del ser.

La búsqueda de metales preciosos y lugares míticos se convirtió en un motivo de tortura y exterminio para los pueblos sometidos, que no colaboraron con los españoles, al menos no en la medida de sus ambiciones. Bien dice Todorov que “el siglo XVI habrá visto perpetrarse el mayor genocidio de la historia humana” (14).

Otras autoras como, Alicia Llaena González, ven en las crónicas de los conquistadores, y en especial en las de Colón, una nueva literatura que se sustenta en la insuficiencia de las palabras para describir el nuevo mundo, lo cual se traduce en un esfuerzo por fijar lo “extraño” que finalmente enriquece la lengua con el “signo verbal de la sorpresa que toda contemplación de la diferencia produce” (122).

Las descripciones de Colón utilizan mucho el término “maravilla” u otros que expresan sorpresa, además de un exagerado detallismo, y al intentar comparar lo visto con cosas ya conocidas hace más grandes las diferencias, lo que definitivamente no implica ningún enriquecimiento idiomático, que sí se logra debido a la necesidad de crear nuevos referentes e incluir en el vocabulario nuevas palabras de origen nativo para denominar lo recién conocido. Este rasgo forma también parte de las características de la literatura heterogénea, la carencia de referentes. No sólo es un problema de comunicación, también da origen a una nueva escritura caracterizada por el problemático encuentro de dos culturas.

Otro rasgo distintivo en las crónicas es el uso de la primera persona, que da lugar a una literatura subjetiva e intimista que puede observarse en los textos de casi todos los exploradores, que no eran hombres de letras y mucho menos científicos. Sus escritos surgieron de la experiencia; eran diarios de viaje que tenían la finalidad de impresionar a sus reyes.

Por esta razón la lectura actual de estos textos es, además de histórica, literaria. Esta consideración se debe a la perspectiva actual, ya que al conocer el

continente se sabe que esos textos estaban permeados por la excitación que provoca lo desconocido y desembocó en la ficción hoy conocida como Invención de América. Por ejemplo, en los diarios de Colón hay:

Historias de amor, raptos, violaciones, cautiverios, rescates, castigos, idolatrías [...]. Se habla de un lugar donde habitan mujeres vírgenes a quienes se les cercena un pecho para asaetar mejor, y de una mujer en el fondo del mar. Esta última historia representa la imagen del deseo y, más que nada, de la culpa y de la muerte. (Poot 129)

Sara Poot sostiene que el uso de la hipérbole reclama de un modo extremo la atención sobre “lo otro”, que hasta antes del descubrimiento no existía, ya que las sociedades se consideraban homogéneas y el encuentro de dos mundos aumentó la riqueza, la diversidad de la conciencia universal, íntimamente ligada al espíritu de la época:

Hablar de la visión europea del siglo XV conlleva a considerar el aspecto visionario de la misma. La acción y el efecto de ver, de acuerdo con una historia, una cultura y una escala de valores, se combina en esa época con la fantasía que deriva en figuraciones y creencias quiméricas, es decir, lo visionario. (128)

Si bien es cierto que los seres humanos ganan al cruzar los océanos que los separan, también es sabido que este encuentro no fue un encuentro feliz, sino que abrió paso a una realidad conflictiva que acentúa las diferencias debido al abuso y la marginación hacia los indios por parte de los europeos, misma que se vive hasta la actualidad.

Así es el inicio de la modernidad y Colón es el fundador de los grandes mitos de la conquista de América: descubre, somete y se lleva el botín. Con esta idea en la cabeza zarpan exploradores como Cortés y Pizarro, quienes fundan nuevos imperios de crueldad en las más grandes civilizaciones precolombinas: la azteca y la inca.

Sin embargo, no todos los conquistadores corrieron con la misma “suerte”. Tal es el caso de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien salió en las naves de Pánfilo de Narváez con la misma visión, cuyo destino fue distinto. Él es el representante más importante de lo que Pastor llamó discurso del fracaso, que puede encontrarse en *Naufragios*, donde se lee una América inaccesible y peligrosa:

La América fabulosa del Almirante, que reunía los atributos de Tarsis y Ofir, Japón y China –por no mencionar los del paraíso terrenal –, desaparece en el texto de Alvar Núñez para dejar paso a una presentación racional y objetiva de lo que éste recuerda de las tierras que recorrió a lo largo de nueve años de peregrinación. La América de Alvar Núñez ya no es un mito. Es una tierra vastísima, salvaje e inhóspita, cuya naturaleza la hace apenas habitable para los naturales e inhabitable por completo para los europeos. (Pastor 213)

En el discurso del fracaso la acción heroica de la conquista se convierte en lucha por sobrevivir. Cabeza de Vaca tiene miedo, es frágil y desplaza el eje de su discurso hacia su experiencia personal, más allá de toda conquista; así revela otra cara del descubrimiento, en la que se manifiesta la vulnerabilidad de

quienes vinieron del otro lado del Atlántico. Cuando la autora califica este discurso como “racional y objetivo”, podría estar cayendo en una contradicción, sin embargo, a lo que se refiere con esas palabras es a que Cabeza de Vaca plantea la realidad del explorador en el Nuevo Mundo desde una perspectiva más realista y menos mitificadora.

Cabeza de Vaca se quedó sin nada que le pudiera reconocer la Corona, pero presenta su escritura como servicio: “a diferencia del discurso de la Conquista que exalta la superioridad y omnipotencia del ‘yo’, Cabeza de Vaca no tiene reparos en mostrar un sujeto textual más humilde” (Gerassi 178).

En el discurso del fracaso se pierde la dimensión épica del relato y deja de alcanzarse el ansiado botín americano, el hombre substituye al héroe, pero más allá del infortunio, lo que logra Cabeza de Vaca con *Naufragios* es una conciencia más crítica, y con más dimensiones, del fenómeno.

Después de este proceso desmitificador expresado en el discurso del fracaso, se manifiesta el discurso de la rebelión, que para Beatriz Pastor no implica, en primera instancia, una relación con la independencia de América, sino con el desencanto surgido del fracaso de la búsqueda de El Dorado y la toma de conciencia de algunos conquistadores de lo absurdo que resultaba la lealtad a la Corona al otro lado del mundo. Lope de Aguirre es el conquistador en el que se encuentra el más interesante discurso de la rebelión.

Lope de Aguirre es recordado como el más cruel de los conquistadores, traidor y fundador del Imperio Marañón en América del Sur. Sin embargo, el

discurso que puede leerse en sus cartas revela reflexiones más complejas respecto al descubrimiento y conquista de América:

Para Aguirre, la realidad de la jornada del Marañón no está en sus millas, islas y recorrido geográfico, sino en la desesperación que caracteriza la jornada espiritual del hombre que, navegando sus aguas, se ha transformado de conquistador en espíritu de hombre muerto. La verdad no está para él en la descripción geográfica que detalla la “relación verdadera”, sino en la visión interior de esa trayectoria que, a través de la experiencia de una jornada de descubrimiento, culmina en la vivencia trágica de la crisis irreversible de los valores de una época. (Pastor 330)

La autora define el discurso de Aguirre como anacrónico, ya que su deseo era restablecer el orden medieval que él consideraba valioso, por lo que su relación con los movimientos independentistas posteriores queda descartado, a pesar del evidente carácter subversivo de su discurso. No se puede negar la crueldad de Lope de Aguirre, pero como se dijo en renglones anteriores, sus objetivos iban más allá de la ambición material:

En las acciones de Lope de Aguirre aparece desenmascarada la realidad de la conquista de América, en el discurso oscuro y atormentado de sus cartas se expresa la percepción angustiada que tiene de una realidad conflictiva en proceso de rápida transformación.

(333)

Se han visto tres tipos de discursos narrativos de la conquista: el mitificador, ejemplificado por Colón, el del fracaso en Cabeza de Vaca y el de la rebelión en Lope de Aguirre. Más adelante se verá, en las novelas elegidas, cómo el autor encara estos discursos en la construcción de sus personajes. Es importante recalcar que en las novelas de Posse hay un interés por los personajes históricos y su ficcionalización, por lo que estos discursos son de gran ayuda para la comprensión de los mismos.

Los discursos narrativos de la conquista sientan una de las bases de la literatura latinoamericana, de ahí la importancia de las novelas de la trilogía de Posse, ya que al retomar la temática más conflictiva del ser latinoamericano a partir de tres personajes emblemáticos, hace una revisión crítica del hecho histórico.